



## Homo Deus. Breve historia del mañana

Yuval Noah Harari  
Santiago: Debate, 2016, 490 páginas  
ISBN: 978-956-9545-36-8

### ÁNGEL SOTO

Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales - Universidad de los Andes (Chile)  
Email: angelsoto@uandes.cl

“Si la historia no sigue ninguna regla estable, y si no podemos predecir su rumbo futuro, ¿por qué estudiarla?” (p. 72). Esta es una de las tantas preguntas provocadoras que se hace Yuval Noah Harari, quien tras estudiar historia en la Universidad Hebrea de Jerusalén y especializarse en historia medieval e historia militar, hizo su doctorado en la Universidad de Oxford, momento en que su visión de la historia se amplió hacia la historia del mundo y lo que se denomina: “macrohistoria”, o también llamada historia global. Una tendencia muy propia de la historiografía anglosajona que es capaz de insertar la especificidad de lo local en lo global y con perspectivas comparadas, algo que en nuestro medio debiese ser tomado en consideración.

“A los historiadores se les pide que examinen los actos de nuestros

antepasados para que podamos repetir sus decisiones sensatas y evitar sus equivocaciones” (p. 73). No, el tema no funciona así. La historia no es maestra de vida ni mucho menos se aborda para no cometer los mismos errores del pasado. ¿Por qué?, “por la sencilla razón de que el presente es demasiado diferente del pasado”, dice Noah Harari. Por tanto, abordamos esta disciplina, oficio, arte —como quiera llamarse—, para hacernos sobre todo “conscientes de posibilidades que normalmente no consideramos”. Es decir, “los historiadores estudian el pasado no con la finalidad de repetirlo, sino con la de liberarnos del mismo” (p. 73). Sin duda una afirmación firme, polémica, provocadora.

No menos provocadora que el subtítulo que acompaña al libro que comentamos: “breve historia del mañana” —por muchas semanas situado entre los

diez más vendidos y continuador de otro trabajo publicado en el 2014 por este mismo autor: *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*.

¿Historia del mañana? ¿Cómo es eso posible? Si ya se criticó a quienes en el pasado hablaban de “historia del presente” como una herejía e incluso –como si fuera insulto– los trataron de periodistas con notas a pie de página, mientras seguían empantanados –y quizás nostálgicos– en un pasado que creían mejor. Pero ahora no solo hablan del presente, sino de “¿historia del futuro?”. De seguro que dejarán caer su sentencia inquisidora.

Pero es que precisamente ahí es donde está el punto central: el objeto de estudio de la historia es el ser humano en el tiempo, y este tiene una dimensión de pasado, presente y futuro. Nada de extraño entonces tiene que un historiador pueda hacer prospectiva.

Ese es el camino al que nos invita nuestro autor. ¿Como será el mundo de mañana?

El tema me interesó con anterioridad desde el punto de vista científico con autores como Michio Kaku, quien en uno de sus libros *La física del futuro. Cómo la ciencia determinará el destino de la humanidad y nuestra vida cotidiana en el siglo XXI* (Debate, 2012) ya nos había transportado a ese mundo que se está inventando en los laboratorios y que nos habla que en el 2100 “controlaremos las computadoras a través de diminutos sensores cerebrales y podremos mover objetos con el poder de nuestras mentes” (contratapa). O más tarde también

estudiado por Juan Scaliter, periodista científico –que demuestra que ser un periodista con notas a pie de página no es ninguna herejía– que abordó en su libro *Exploradores del futuro. Cómo la ciencia del mañana traspasará las barreras de lo que imaginamos hoy* (Debate, 2014), demostrando la velocidad vertiginosa con la que suceden los cambios. Hoy, dice Scaliter, “una semana de lectura de un diario aporta más conocimientos del que una persona del siglo XVIII podría haber abarcado a lo largo de toda su vida”... “La novedades sobre ciencia y tecnología que se generarán este año superarán a las de los últimos cinco mil”, por tanto las preguntas son: “¿qué consecuencias tendrá esto en la economía?, ¿cómo afecta este progreso acelerado a la educación?, ¿por qué son importantes los *clusters* tecnológicos?, ¿cuáles serán las profesiones del futuro?” (contratapa), a lo que me permito agregar: ¿cómo será la guerra del futuro y si nos estamos preparando para ella?

Hace unos años conocí a un profesor venezolano, experto en temas latinoamericanos, con quien nos une una gran amistad: José Cordeiro, profesor en la Singularity University (SU) ([www.su.org](http://www.su.org)), quien no solo me sorprendió por sus lúcidos análisis acerca de nuestro continente, sino que cómo desde las ciencias sociales avanzó a la “ciencia pura y dura”, se introdujo en cómo sería el futuro, y hoy recorre el mundo hablando de la “muerte de la muerte” ¿será eso posible? ¿Nos convertirá eso en los dioses de los que habla Noah Harari?

La SU es una universidad ubicada en Silicon Valley fundada por Google y la NASA, tiene programas especiales, no dicta carreras al estilo clásico de lo que son las “universidades del pasado”, y en su sitio *web* declara: “Creemos que nuestro mundo tiene las personas, la tecnología y los recursos para solucionar cualquier problema, incluso más urgentes desafíos persistentes de la humanidad. Como un catalizador para el cambio global, ayudamos a otros al apalancamiento acelerado rápidamente de tecnologías, incluyendo la inteligencia artificial, la nanotecnología, la robótica y formas innovadoras de biología en digital para desbloquear las soluciones que pueden impactar positivamente mil millones de vidas”. Ahí está la frontera del conocimiento.

Yuval Noah, en *Homo Deus*, nos lleva por este camino desde la óptica del historiador.

Es que, como afirma en el libro, hay una “nueva agenda humana” que lo está cambiando todo. El mundo se ha acelerado, y lo que para algunos era tema de la ciencia ficción, de la serie de dibujos animados supersónicos o Star Trek, un mundo que no alcanzaríamos a ver, hoy está en la puerta de nuestros hogares: la internet de las cosas ya está disponible para que la compremos en cualquier centro comercial y así empezar a manejar nuestro hogar desde el dispositivo móvil. ¿Acaso las probabilidades de comprar un auto que se conduzca automáticamente no es cuestión solo de tiempo y costo? Lo mismo sucederá con la reproducción artificial de órganos humanos que nos

permitirán ir dejando de lado la dependencia de la generosidad de un donante. O como dice Cordeiro, ¿viviremos para siempre?, ¿será la muerte fruto de un hecho fortuito menos controlado –y por tanto tal vez más traumático– como un accidente? Dimensiones éticas, creencias religiosas, trascendencias espirituales pasarán a tener un protagonismo mayor y serán contrastados con quienes quieran vivir eternamente. Las humanidades estarán de regreso y dialogarán con las ciencias exactas.

Noah nos muestra cómo se han dado estos avances. Cómo el Homo Sapiens fue conquistando el mundo desde que era un hombre prehistórico, le dio “chispa humana”, dice. Luego construyó relatos, es decir, el ser humano se convenció que no solo controlaba el mundo sino que le daba sentido y se produjo una revolución humanista. El tema es que ahora, quizás el Homo Sapiens pueda “¿perder el control?”.

Dice nuestro autor: “A principios del siglo XXI, el tren del progreso sale de nuevo de la estación..., y es probable que sea el último tren que salga de la estación llamada Homo Sapiens. Los que pierdan este tren nunca tendrán una segunda oportunidad. Si queremos conseguir un pasaje para el tren, debemos entender la tecnología del siglo XXI, y en particular los poderes de la biotecnología y de los algoritmos informáticos” (pp. 303-304). Es decir, tenemos que entender que el mundo cambió –y es demasiado distinto al pasado, como decíamos al comienzo–. Pero ese cambio si bien contempla nuevos escenarios

políticos, económicos y de relaciones internacionales como vemos en la televisión y redes sociales, e incluso aceptando *El fin del poder* como afirma Moisés Naím (Debate, 2013), entendiendo cómo este se ha transformado, con Noah estamos pensando en “¿qué ocurrirá con el mercado laboral cuando la inteligencia artificial consiga mejores resultados que los humanos en la mayoría de las tareas cognitivas?, ¿cuál será el impacto político de una enorme clase nueva de personas inútiles desde el punto de vista económico?, ¿qué les ocurrirá a las relaciones, las familias y los fondos de pensiones cuando la nanotecnología y la medicina regenerativa conviertan a la gente de ochenta en las nuevas personas de cincuenta?” (p. 299). Es más, “¿podrán la democracia (al menos como la conocemos hoy —o el concepto mismo de soberanía—), el mercado libre y los derechos humanos sobrevivir a este aluvión?” (p. 336).

Y en este contexto, ¿cómo y cuál será el papel de los ejércitos?, ¿cómo será la guerra? Sería una fantasía —dice el autor— creer que habrá una “Nueva Paz” que “perviva indefinidamente”. Tal como en el pasado la amenaza nuclear hizo posible una nueva paz, pero los avances tecnológicos futuros preparan una “cibercontienda” que “puede desestabilizar el mundo al proporcionar incluso a países pequeños y a actores no estatales la capacidad de luchar eficazmente contra superpotencias” (pp. 27-28). Dice: “en el futuro, un país como Corea del Norte o Irán podrá utilizar bombas lógicas para que la energía

dejara (sic) de funcionar en California, hacer estallar refinerías en Texas y provocar una colisión de trenes en Michigan”. Agrega: “Las *bombas lógicas* son códigos de programación maliciosos que se insertan en tiempo de paz y se operan a distancia; es muy probable que las redes que controlan instalaciones de infraestructura vitales en Estados Unidos y en muchos países ya estén llenos de tales códigos” (p. 28). Básicamente, en temas de seguridad y defensa, habrá que pensar proyectos para proteger “a la humanidad y el planeta en su conjunto de los peligros inherentes a nuestro propio poder” (p. 31).

¿Cómo será ese Ejército del 2050? Con la existencia de cíborg. Cuando el ser humano tenga la capacidad de remodelar la mente humana, existan superhumanos con facultades corporales y mentales superiores. Implantación de dispositivos que aumenten nuestra fuerza, anticipen nuestras acciones. Quizás alguien podrá decir que el genoma humano es demasiado complicado para manipularlo seriamente, “pero esto no impedirá el desarrollo de interfaces cerebro-ordenador, nanorrobots o inteligencia artificial” (p. 61).

Guerras más cortas: una ciberguerra puede durar unos minutos (p. 340). Quizás sea un Ejército silencioso, o compuestos por “un pequeño número de soldados muy bien adiestrados, un número aún menor de superguerreros de fuerzas especiales, y un puñado de expertos que sepan producir y emplear tecnología sofisticada. Fuerzas de alta tecnología dirigidas por drones sin

piloto y cibergusanos están sustituyendo a los ejércitos de masas del siglo XX, y los generales delegan cada vez más decisiones a los algoritmos” (p. 339). O mejor dicho deberán comprender mejor cómo funcionan esos algoritmos e incluso programarlos con la dimensión humana. Un soldado puede comportarse de una manera inadecuada e incluso matar por error. “Los ordenadores programados con algoritmos éticos podrían someterse con mucha mayor facilidad a los últimos fallos del tribunal penal internacional” (p. 340). ¿No es acaso la situación –casi real– que describe la película *Eye in the Sky* (2015) en que discuten políticos desde distintos lugares del mundo, con oficiales superiores en bases distantes entre sí, mientras un joven oficial –que se contrató para pagar su universidad– desde su cabina de control “espera” la orden para disparar a miles de kilómetros desde el dron que pilota desde el joystick?

Quizás a esta altura el lector de este *book review* esté pensando que lo aquí descrito si al menos no es ciencia ficción, es un tema que supera nuestras realidades. Me permitiré discrepar.

Hoy en todos los ámbitos seguimos educando con herramientas del pasado. Nuestros jóvenes ingresan a la universidad a estudiar carreras que fueron rentables y necesarias en el pasado, pero no sabemos qué sucederá con ellas en los próximos cinco años, cuando egresen de apenas el pregrado. Tal vez lo que están estudiando hoy estará obsoleto en tan solo cinco años e incluso desarrollarán tareas en trabajos que ni

siquiera se han inventado. ¿Los estamos preparando para el mundo del 2030? cuando ni siquiera hayan entrado a la “crítica” edad de 40 años. ¿Qué y cómo están estudiando nuestros cadetes en las escuelas matrices al igual que los futuros oficiales de Estado Mayor, destinados a liderar ese mundo?

Yuval Noah Harari es historiador. Estoy cierto que muchas de sus afirmaciones serán polémicas y quizás no tiene la precisión científica de un Michio Kaku quien precisamente denunció a quienes predicen el mundo científico “sin tener un conocimiento directo de la ciencia en sí misma” (*La física del futuro*, p. 23), pero no hay duda que mueve la frontera de la discusión y nos devuelve a un rol protagónico el papel de las humanidades, tan menospreciadas y arrinconadas en el mundo subdesarrollado, no así en los países que progresan. ¿Por qué? Porque en este mundo tecnológico donde el Homo puede o podría evolucionar de Sapiens a Deus, ¿qué pasa con su esencia? Dice el autor, “el conocimiento que no cambia el comportamiento es inútil. Pero el conocimiento que cambia el comportamiento pierde rápidamente su relevancia. Cuanto más datos tenemos y cuando mejor entendamos la historia, más rápidamente la historia altera su rumbo y más rápidamente nuestro conocimiento queda desfasado” (p. 72).

Estudiar historia nos permite “aflojar el agarrón del pasado”, girar la cabeza hacia distintos lados y advertir posibilidades que nuestros antepasados no imaginaron o no quisieron que imagináramos, quizás “no nos dirá qué elegir,

pero al menos nos dará más opciones” (pp. 73-74).

En síntesis, con el autor: “la historia la modelan pequeños grupos de innovadores que miran hacia el futuro y no

tanto masas que miran hacia el pasado” (p. 300). *Homo Deus. Breve historia del mañana*, no es una predicción de lo que viene, es el futuro mismo que ya llegó y se nos hizo presente.